

# ADZANETA, SUS HOMBRES Y SUS CAMPANAS

## CAMPANAS VALENCIANAS REPICAN EN MEDIO MUNDO

Adzaneta de Albaida está allí, perdido en lo alto del valle y al pie de la sierra. Es pueblo de la provincia de Valencia, con poco más de mil trescientos habitantes. Sus casas blanqueadas parecen suavemente acariciadas por un venticillo agradable y fresco. A tres kilómetros se encuentra Albaida, a cuyo marquesado y partido judicial pertenece la

San Juan Bautista. Es una iglesia difícil de borrar de la mente: apenas si se adivina arte en su fachada y en su interior; tiene una sola nave con pequeñas capillas laterales y al frente dispone de un altar mayor de escayola. Pero la obra es recia y sólida y se respira en ella un no sé qué de dorada sombra mística, amorosa, litúrgica en sus rin-

cia y el garbo del eco perdido y solemne de viejos conquistadores. Ellas, las que partirán hacia los Estados Unidos, están hoy día en fase de fundición, muy cerquita de la ermita del Cristo, a la entrada del camino de Albaida.

### PROCEDIMIENTO

«Fundición de campanas». Así reza un cartel situado en la parte superior del edificio. Dentro, y acompañado de su propietario, don Germán Roses Martí, fui observando algunos aspectos del proceso de las campanas. Primero, el terrajado; cerca del horno destinado a fundir el bronce se abre en el suelo un hueco. En él se entierran los moldes de arcilla. Lo primero es el núcleo o alma de la campana, que en superficie exterior ha de ser igual a la interior de la campana. Luego, sobre él se construye la falsa campana vaciando en el hueco allí surgido el metal, que ha de estar proporcionado de la siguiente forma: setenta y ocho por ciento de cobre y veintidós por ciento de estaño, a una temperatura de mil grados. Luego, a esperar el resultado de la aleación. Pasados tres días como mínimo se iza la campana, se limpia de adherencias y, en ocasiones, aún se trabaja con el cincel. Se rompe el molde de arcilla. Las nuevas campanas pasan a pender de un caballete de acero para probar su sonido y en los que también suelen ser decorados con diversos motivos en caso de que no se haya tenido en cuenta en la fundición este aspecto ornamental. Lo más complicado es acertar en la sonoridad que debe tener. Para eso se precisa de tan buen oído como el de un experto musicólogo. A mí me parecieron todos igual. Pero existen miles de variantes y el acertarlo es patrimonio del buen campanero.

Grandes, pequeñas, medianas, de todos los tamaños se encuentran a mi alrededor. Si todas pudiesen tañer a un tiempo, en sinfónica conjunción, parecería sin duda que el hombre ha desaparecido con el ondulante humo de los hornos de fundición hacia las alturas y escucha hablar gozosas lenguas que nunca escuchare ni conociese. Un procedimiento moderno vino a sumarse a la antigua escuela tradicional: el motor eléctrico que le hace voltear automáticamente y otro complementario para el repique eléctrico.

### VIAJE

Filipinas también tiene campanas de Adzaneta. Y Costa Rica, y España entera. Las campanas del valle de Albaida, donde los hombres viven más cerca del cielo que de la tierra, son eminentemente viajeras. Va a ser dentro de unos meses cuando navegarán el ancho océano Atlántico rumbo a puerto norteamericano. Serán convenientemente embaladas en la misma fundición y traídas a Valencia. En el puerto las aguardará un buque y ellas enmudecerán tristes al hacerse mar adentro. Semanas de agua por todas partes y después tierra de nuevo. La gran América del Norte, con sus rascacielos, sus complejos industriales, sus ranchos, sus pastos, sus llanuras, sus hombres rubios, sus costumbres, todo resultará nuevo para las viajeras de Adzaneta de Albaida. Poco a poco aprenderán su tañido inglés y los hombres rubios comenzarán a quererlas, a distinguirlas, a seguirlas.

Sopla un venticillo fresco de la sierra. Dentro, en el pueblo, los mozos buscan las calles de San Vicente o San Esteban, donde las jóvenes han bajado risueñas y olientes a mujer bonita, a pasear sus talles y respirar los piropos de sus hombres. Adzaneta se mece en las sombras. Los vecinos sacan sus sillas mecedoras a los portales. Algún joven acelera su motocicleta camino de Albaida, donde le aguarda una novia. Las campanas de la torre cuadrada de San Juan Bautista tocan a rosario.

RICARDO DASÍ «JUNIOR»



Primera fase de moldeo: la campana se rodea de cáñamo

baronía de Adzaneta. El terreno brabio y duro la rodea. Y los hombres han sabido siempre arrancarle frutos y cultivos.

Hacia momentos que un tañer de campanas se asomaron por la torre haja y recia de proporciones cuadradas y sin más galanura ni remate, que un viejo reloj público, para llamar a los hombres al descanso. Sol de media tarde, entre cañizos y rocas, que hace tornar los verdes árboles en intensa e indescifrable gama de tonalidades ambiguas. A lo lejos, repitiendo en eco mudo la muerte de la violenta luz mediterránea que se adivina, se escucha el rumor de sus mil fuentejillas y la sonoridad de sus cuevas.

Un hombre pasa por la calle San Roque y se interna por una estrecha callejuela. Viste camisa oscura y pantalón de trabajo. Cubre su cabeza con polvoriento boina. Vuelve sudoroso. Tal vez del campo, donde regó la próxima cosecha. Se escucha una sirena y valle abajo se deja caer su lamento. Miro mi reloj: siete y veinte.

### TRADICION

Guardián de Adzaneta es la colina de la que se extrae piedra con el sudor de hombres de fortaleza similar. De allí surgen los hornos, las ruedas y muelas de molino. Abajo se extiende, breve pero brillante, el balcón de Albaida: donde se asoman sus hijos para contemplar el valle. Alineación caprichosa de sus calles, ribeteadas de blancas casas, edificadas sin duda al cobijo del templo churrigüesco y de la ermita del Calvario, de espaciosas dimensiones. Cuenta la tradición, la que se comunica de padres a hijos, que Adzaneta la hermosa, la rica en fuentes y cuevas, la arábica, el paraíso de los mortales que buscaron afinarse en la sierra de Albaida, procuró con hábiles manos artesanas construir campanas con las que emplear el lenguaje de la alegría y de la tristeza, cantando las fletas, los vivos y los muertos, llamando a su hijos al descanso y advirtiéndoles en dulce tañer el paso del tiempo. Cuentan también que entre sus hijos hubo un famoso campanero que hacía hablar y reír, llorar y cantar las campanas. Por eso nunca le falta cantarina voz a la antigua iglesia consagrada a

cones. Es un alarde y un primer, como dirían los clásicos, con la fuerza de lo tibetano monumental en el alma de la piedra. La mujer de Adzaneta visita diariamente el templo, al escuchar las campanas. Desde el monte el campo o la fábrica, se envara el hombre sobre la tierra al lamentarse desde la torre sin remate, el bajo alegre, y hace que sus hijos tornen la mirada hacia la blanca Adzaneta. Campanas campanas... un día y otro día.

### CAMPANAS

A principios de 1700 nació una artesana industria de campanas. Y con ella se establecieron unas reglas de fabricación que han pasado de padres a hijos de año en año y de siglo en siglo. Apenas hoy, más de doscientos años después, ha transformado el procedimiento de moldeo. No obstante la parte de fundición y los yugos, desertaron de la tradición para seguir los pasos de la industrialización. A ciencia cierta no sabría decirles cuándo este lenguaje de las campanas hizo su aparición en los templos cristianos. Unos me han dicho, los más, que se obtuvo gracias a San Paulino de Nola y que por eso el primer nombre que recibieron las campanas fue el de «nolanas». Lo único seguro es que este santo no es el patrón de los campaneros. Tal vez el santo que cuenta con menos ahijados. Porque no crean que hacer campanas es algo sencillo. Hay que entrar en el secreto, en la tradición, en los siglos. Y en todo esto Adzaneta de Albaida es sabia.

Testigos directos pueden ser los venezolanos, los portorriqueños, argentinos, ecuatorianos, guatemaltecos, nicaragüenses, y en otros continentes los del Camerún, de Rodesia, Ghana, Oriente... Todos tienen una ciudad, un pueblo, un campanario donde repiquetean alegres campanas de Adzaneta. Y ahora, dentro ya de muy poco, nuevas campanas embarcan hacia los Estados Unidos. Pero donde tenga que hablar lo hará con el espíritu firme del valenciano, labrado bajo un brillante sol con la dulzura y sensibilidad artística de un viejío y joven pueblo español. Campanas de Adzaneta, con todo lo que alberga en su interior de esa España tan nuestra, llegarán a tierras norteamericanas a españolear con la gra-